

Fe de vida de un superviviente

PATXO UNZUETA

Ramón Recalde, maestro socrático de la generación que ahora entra en la edad de jubilación, ha fallecido 16 años después de que un miembro de ETA intentase quitarle la vida de un disparo a bocajarro a las puertas de su casa en Igeldo. Ese episodio es el punto de partida de una autobiografía que tituló *Fe de vida* en la que busca los fundamentos morales de “lo que he hecho y lo que podía haber hecho y no hice”.

Fue la suya una vida marcada por la teoría y la práctica de la política. Fundador y principal dirigente en el País Vasco del Frente de Liberación Popular, el Felipe, un grupo de origen cristiano en el

que hicieron su aprendizaje muchos futuros políticos de la Transición que desembocarían en la socialdemocracia tras un rodeo por el izquierdismo pos-68. Ese rodeo fue motivo de reflexión para Recalde: ¿qué explicación tiene que muchos de los que se enfrentaron a la dictadura lo hicieran desde ideologías no democráticas? Reconocerlo no significa aceptar el reproche de los que, como escribía en 2004, “solo pasivamente estaban por la democracia” y ahora amonestan por ese pasado radical a quienes hicieron lo que pudieron contra el franquismo. Una posible explicación es que la desproporción entre los logros de la actividad conspiratoria antifranquis-

ta y los riesgos que implicaba era tan enorme que solo en nombre de un futuro glorioso, la Revolución, la Independencia, un Mundo Nuevo, era psicológicamente posible asumir los riesgos de la militancia clandestina.

Catedrático de la Universidad de Deusto en San Sebastián, autor de varios libros sobre teoría y pensamiento político, el más conocido de los cuales es *La construcción de las naciones* (1983), Recalde participó también muy activamente en la política institucional, en gobiernos de coalición de PNV y PSE, primero como director de Derechos Humanos y luego como consejero de Educación, de Justicia y Portavoz. También fue miem-

bro del Consejo de Estado durante el segundo mandato de Zapatero.

Abogado de sindicalistas y movimientos sociales, como el anti-nuclear, impulsor de la primera ikastola de la posguerra en Donosti, ha sido sobre todo una permanente referencia intelectual y moral para las generaciones siguientes a la suya, en particular sus exalumnos, precisamente porque siempre resistió la tentación de halagar a los jóvenes o de adaptarse a lo que en cada momento aparecía como políticamente correcto.

En toda su trayectoria le ha acompañado su mujer, María Teresa Castells, la propietaria de la librería Lagun, objeto de ataques de la extrema derecha en las postimerías del franquismo y de las mutas de acoso *abertzales* hasta no hace mucho. Una carta publicada en la prensa donostiarra ha-

ce algunos años daba el dato de que los pocos comercios de la Parte Vieja que cerraron en protesta por el juicio de Burgos en 1970 fueron los mismos, entre ellos Lagun, que se negaron a acatar años después la orden de cierre dada por los piquetes que habían convocado jornada de lucha en memoria de un activista fallecido al estallar la bomba que preparaba.

Ramón y María Teresa, como sus hijos Andrés, Blanca, Esteban y Elena, han sido sobre todo personas muy queridas, entre otros motivos por su afabilidad y su bondad. También por su buen ánimo frente a la adversidad. Como cuando Recalde explicó por qué en su caso había fallado la teoría sartriana de que el torturador es incapaz de resistir la mirada del torturado. “El problema”, decía, “fue que el policía que me interrogaba no había leído a Sartre”.